





## Crítica

“Todo lo que mueve a la humanidad pasa primero por sus mentes, pero la forma que adquiere depende de las circunstancias”

*Friedrich Engels*

Abrir una película con este título que lleva la firma del colaborador y compilador de Karl Marx, resulta inhabitual y totalmente revelador sobre los postulados y teorías que forman parte del cineasta Alexander Kluge, insigne y lamentablemente desconocido por estas latitudes. Kluge es un “hombre de cine” con todas las letras y en mayúsculas; creador revolucionario, deudor de un cine combativo, entiendo el cine como una herramienta eficaz para remover conciencias, la asociación de cine-política deviene una forma creativa que tiene en el espectador vivaz y exigente su camino receptor. No obstante, fue uno de los firmantes de aquel *Manifiesto de Oberhausen* allá por el año 1962, con aquel lema totalmente revolucionario: “El viejo cine ha muerto. Creemos el nuevo”, y así nació el *Nuevo Cine Alemán*, que talló de lustre una industria acartonada y alineada, volviendo, en cierta manera, al brillo que atesoró en los años del cine mudo. Algunos de aquellos ilustres firmantes, de sobra conocidos por espectadores ávidos de propuestas interesantes, fueron R. W. Fassbinder, Wim Wenders, Werner Herzog... Cineastas que dieron notoriedad al movimiento recién nacido.

*Trabajo ocasional de una esclava (Gelegenheitsarbeit einer Sklavin)*, realizada en 1973 y tercera película de Kluge, está rodada en blanco y negro. Con una secuencia de bienvenida que describe en tono documental un aborto en un descriptivo primer plano, al espectador sensible a este tipo de imágenes puede resultarle impactante. Después de esta bienvenida, nos arranca

de lo complaciente y nos sumerge en la vida de Roswitha Bronski, madre y ama de casa, que practica abortos clandestinos para sobrevivir y así sacar adelante a su familia, ya que su marido se encuentra estudiando para químico. Una de sus competidoras la denunciará y su marido será arrestado. Cuando sale de la cárcel, encuentra trabajo en una empresa química. En ese momento, la película cambia de rumbo y nos adentra en el mundo de la reivindicación política de la mano de Roswitha, que emprende una lucha ciega contra el sistema deshumanizador que traslada empresas a países menos industrializados dejando sin trabajo a miles de empleados.

Película que, a pesar del tiempo transcurrido, sigue siendo moderna por ponernos sobre la mesa temas que todavía siguen siendo actuales, para desgracia nuestra. Con cámara en mano, a medio camino entre el documental y la ficción, seguimos las situaciones en primera persona, con las que se va encontrando Roswitha: un relato feminista, que no radical, una lucha individual para no perder la libertad de ser uno mismo, y sobre todo, un alegato contra la sociedad que creamos cada día y conscientemente aceptamos como si las cosas que sucediesen no fuesen contra nosotros.

En lugar de maquillar lo político mediante el anestesiado de la libertad formal, opta por hurgar en su interior a través de la experimentación, aunque tenga que abandonar a mitad de camino e intentar otra estrategia “deja claras, en palabras de Carlos Losilla (*La Vanguardia* El cultural. 6/08/08), las intenciones de Kluge, que podríamos emparentar con otro cineasta contestatario, revolucionario y moderno, Jean-Luc Godard, y con los textos de Bertolt Brecht.

Consigue remover nuestras conciencias y nos cede la palabra, nunca mejor dicho, para

establecer un debate entre el espectador y el cineasta; un cine que nos mira de frente, sin titubeos, nos implica y nos empuja a participar en lo se está contando y así reflexionar profundamente sobre lo que nos rodea y, por qué no, mantener vivas nuestras esperanzas.

La película no se queda en el simple panfleto político, bienpensante, como nos tienen acostumbrados algunas cintas. Nos pateas, Kluge nos cuenta un relato sobrio que no sabemos que tiene de invención o de realidad, y recibimos un puñetazo en el estómago. Kluge cree en el cine como una herramienta transformadora de la realidad.

Para terminar, no me gustaría dejar de hacer mención de otras cintas que también tratan el tema del aborto y sus consecuencias, que me parecen de oportuna visión: *Une affaire de femmes* (1988, *Un asunto de mujeres*), de Claude Chabrol; *Vera Drake* (2004, *El secreto de Vera Drake*), de Mike Leigh; *4 luni, 3 saptamani, si 2 zile* (2007, *4 meses, 3 semanas y 2 días*), de Christian Mungiu; obras reveladoras que nos sacuden las conciencias y nos ayudan a reflexionar sobre el mundo que nos rodea.

No sería digno por mi parte, marcharme sin antes mencionar el inmenso trabajo de la actriz que interpreta a esta heroína de lo cotidiano, Roswitha, que no es otra que la hermana del director, Alexandra Kluge. Su composición es concisa, sobria y llena de matices.

Les dejo con esta película que ha tardado 35 años en llegar a nuestros cines. Como se suele decir en estos casos, la espera no solamente mereció la pena, sino que no queremos que vuelva a pasar tanto tiempo la próxima vez.

José Antonio Pérez Guevara

Es demana puntualitat. Es demana als espectadors que desconnectin els telèfons mòbils i qualsevol altre aparell acústic abans de començar la projecció. Grà